

fantil en la fuerza milagrosa de semejantes seguridades de papel que el emperador, al cual tan caro le costaron en 1733. El desengaño vino, según cuenta Bartenstein en amargas frases; pero mejor hubiera sido si hubiese venido antes, y mejor todavía si hubiese preservado al monarca y a su servidor de reincidencias que solo podía cometer una política enteramente dejada de la mano de Dios.

Como en el asunto de la pragmática sancion, parece haber prevalecido también al consejo de Bartenstein en los de la política del imperio germánico hasta la muerte del emperador.

Desde 1733 habían perdido los ministros austriacos la fe en la fuerza de los tratados, y de ahí que se ocuparan seriamente en preparar una repartición de la monarquía austriaca entre las dos hijas del emperador, adjudicando a la mayor los Estados del Norte de los Alpes, y a la menor los Estados de Italia. No puede dudarse que Bartenstein se opondría a semejante idea con todas sus fuerzas, como se opuso también el príncipe Eugenio hasta su muerte; y con toda la tenacidad propia de su carácter defendió indudablemente la unidad de la monarquía. Esta firmeza hizo su posición en el consejo de Estado inquebrantable; pero en la elección de los medios más conducentes para conservar la unidad fué tan ignorante en aquella época como mucho tiempo después.

Comprendió ciertamente que se había procedido con una terrible imprudencia en el asunto de la elección del rey de Polonia; dice que se habría debido apoyar al elector de Sajonia con promesas y dinero, pero jamás emplear la fuerza de las armas, ni hacer cosa que pudiese inspirar a los polacos el temor de una intervención armada por parte de Austria, sino muy al contrario rechazar pública y terminantemente toda intención semejante. Mas a pesar de esto, no vió la verdadera causa de aquellos errores de 1733; no comprendió que consistía en la creencia errónea de que una promesa escrita en el papel y dada por el elector de Sajonia, de garantizar la pragmática sancion del emperador, era bastante para hacer en cambio sacrificios positivos y derrochar neciamente las fuerzas de la monarquía en buscar fuera del país los puntales que debían sostenerlo, sin reflexionar que tales apoyos solo tenían valor disponiendo el gobierno austriaco de un imponente y bien pertrechado ejército y de un tesoro repleto. Solo un gobierno que hubiese sabido reunir y acumular las fuerzas de la monarquía y aumentarlas con reformas inteligentes, habría podido asegurar la sucesión de María Teresa y salvar la integridad de la monarquía de toda mutilación, principalmente de los ataques de la Baviera y Sajonia. Además debería haber buscado el apoyo de aquella potencia vecina de cuya buena ó mala disposición dependía todo, es decir, la Prusia. Pero el emperador y Bartenstein, que no tenían ningún talento político no comprendieron esto; y no rezando nada de la importancia de Prusia la bula de oro ni la paz de Westfalia, no la conocían ellos tampoco. Su talento no pasaba de la creencia de que cuando no se respetaban los convenios más explícitos, claros y precisos, era inútil esperar justicia ni fiarse de nada ni de nadie en este mundo impío.

De la relación que hace Bartenstein de la guerra con Turquía que dió el golpe de gracia a la caduca fuerza militar del Austria, es imposible sacar nada en claro sobre su origen, fuese que él mismo no tuviese una idea clara de sus causas, fuese que no se atreviera a publicar lo que sabía de este asunto, sobre el cual dice tan solo: «sin saber cómo, fuimos complicados en esta funesta guerra.» El hecho era que se había consultado al consejo de guerra, que despachaba los asuntos turcos en aquel tiempo, «desgraciadamente»,

como dice Bartenstein, antes de llevar esta cuestión al consejo de Estado y sin intervención de la cancillería de este consejo. El de la guerra determinó por sí y ante sí que se rompieran las hostilidades contra Turquía, sin que Bartenstein supiese cómo ni de qué manera. «Unos habrán creído que se ganaría en esta guerra algo que indemnizara de las pérdidas sufridas en Italia, y otros, acaso partidarios secretos de la Prusia, habrán tenido el plan de debilitar de esta manera a la muy ilustre casa archiducal y real para que los que protestasen pudiesen enseñorearse de ella en ocasión oportuna. Por lo menos no sería improbable que el conde de Seckendorf y el barón de Schmettau tuvieran ya entonces tal propósito y que extraviaran a otros aprovechando su ambición y excesivo celo en el servicio.» Así dice Bartenstein, que tampoco menciona al emperador para nada, viniendo a decir que toda la culpa la tenían los traidores y secretos partidarios de la Prusia. Si esto fuese verdad, sería prueba de una anarquía espantosa en las altas regiones gubernativas de Austria y de una infamia sin ejemplo en los miembros del consejo de guerra; pero la relación de Bartenstein no es exacta, y se sabe por documentos y actos, que Bartenstein debió de conocer mejor que nosotros y que no podía haber interpretado más que en su sentido claro y lógico, que el mismo emperador estaba desde un principio decidido a emprender esta guerra con el objeto de indemnizarse a expensas de los turcos de las pérdidas que había sufrido en Italia.

La Rusia había declarado la guerra a la Turquía en la primavera del año 1736 con el pretexto de obtener una satisfacción por las invasiones asoladoras que los tártaros habían hecho en territorio ruso, mientras las fuerzas de este país combatían en Polonia. El motivo verdadero no era, sin embargo, éste, sino el deseo de reconquistar la plaza de Azof y otras que Pedro el Grande se había visto obligado a ceder a la Turquía en la paz firmada a orillas del Pruth en el año 1711, y al mismo tiempo, si era posible, conquistar toda la Crimea para establecerse para siempre a orillas del mar Negro. En el tratado de alianza celebrado entre la Rusia y el Austria en 6 de agosto de 1726 (1), habíase ya previsto el caso de un rompimiento con la Turquía, y un artículo secreto del mismo tratado estipulaba que el Austria auxiliaría a la Rusia con un ejército de 30,000 hombres si esta última se viera precisada a marchar contra la Turquía para proteger a la Persia. En noviembre de 1734 el embajador austriaco en San Petersburgo, conde de Osten, procedió de peor manera, porque sin referirse ya a la contingencia de haber la Rusia de proteger a la Persia en caso de lucha con la Turquía, prometió a los rusos en todo caso el auxilio armado del Austria contra los turcos, a condición de que la Rusia facilitara inmediatamente al emperador de Austria un cuerpo de ejército contra los franceses. Este cuerpo ruso que llevó el general Laszy desde Polonia, en junio de 1735, al príncipe Eugenio, fué de escasa ventaja para el Austria, en cambio de la obligación, ya ineludible, de tomar parte en una guerra contra la Turquía, bien que quedaba como antes fijado el máximo del cuerpo auxiliar austriaco a 30,000 hombres. La resolución espontánea de enviar, no 30,000, sino 80,000 hombres a la guerra, tuvo por objeto, no solamente de auxiliar a la Rusia, sino también hacer de paso conquistas en beneficio del Austria, y se debió a la irreflexión del emperador y de sus consejeros que no supieron lo que hacían, ni tenían idea del estado fatal en que se hallaban los regimien-

(1) Hállase este tratado en la obra de F. MARTENS, *Recueil des traités et conventions conclus par la Russie*, etc. I *Traité avec l'Autriche* desde 1648 a 1762.—San Petersburgo 1874.

tos estacionados en Hungría, ni de las dificultades de una campaña en Bosnia y Servia, ni pensaban, finalmente, en la hacienda completamente exhausta. Claramente dió a entender el gabinete de Viena el verdadero móvil de su conducta cuando contestó en el mismo año de 1736 a las solícitas preguntas de las dos grandes potencias marítimas: «Pues que ni Inglaterra ni Holanda han cumplido con su obligación de auxiliar al emperador en la defensa de sus Estados, estipulada en el arreglo de la paz de Viena del año 1735, no pueden ahora tomar a mal que el emperador, para resarcirse de los gastos enormes de la guerra con Francia que han cargado exclusivamente sobre él, trate de indemnizarse como pueda de las pérdidas que ha sufrido en la paz de 1735 (1).»

Mientras el Austria hacía sus preparativos, atravesó el feldmariscal ruso Munnich con 54,000 hombres la Crimea llevándolo todo a sangre y fuego. En 19 de mayo de 1736 se puso en marcha desde el campamento a orillas del Dnieper, y en 28 del mismo mes había tomado ya por asalto el baluarte de la Crimea, las líneas de Perekop. Después tomó a Koslow, la plaza mercantil principal de la península, y la abandonó al saqueo de sus tropas. Desde allí se dirigió a Bagchaserai, la antigua residencia de los Khanes tártaros de la Crimea, y luego a Akmesdchid, residencia del sultan Calja, y ambas ciudades fueron saqueadas y quemadas. Iba a marchar sobre Cafá, la fortaleza más formidable del país, cuando el estado de salud de su ejército y la falta de víveres le obligaron a regresar a Perekop, pero entre tanto el general Laszy había conquistado a Azof, y el general Leontieff la fortaleza de Kiburun en la embocadura del Dnieper (2).

Es probable que estos brillantes resultados inflamaron el ánimo del emperador Carlos VI y despertaron en él la codicia de buscar también para sí un botín tan fácil. Lo cierto es que en 9 de enero de 1737 firmó con la emperatriz Ana de Rusia un convenio para hacer la guerra juntos, y en el verano del mismo año penetraron tres cuerpos de ejército austriacos en la Servia, la Bosnia y la Pequeña Valaquia, mientras el ejército principal, mandado por el feld-mariscal conde de Seckendorf, marchaba sobre la fortaleza de Nisa, cuya débil guarnición se rindió sin hacer resistencia en 28 de julio. La toma de esta plaza fué la única ventaja que el Austria logró en toda la campaña, y aun ésta la volvió a perder al cabo de algunos meses, porque el comandante Doxat, a quien Seckendorf había dejado allí, mientras él se dirigía sobre Usicha, entregó la plaza en 15 de octubre al primer ejército turco que se presentó al pie de sus muros. Antes de ocurrir esto, había sido llamado Seckendorf a Viena, porque los jesuitas que allí gobernaban habían hecho entre tanto el importante descubrimiento de que siendo este general un hereje luterano, no podrían tener suerte bajo su mando las armas austriacas, tan católicas, contra los infieles. El consejo de guerra de la corte le formó causa acusándole de traición y de defraudación; mas no se le pudo probar nada; y como no obstante el emperador no quería darle libertad, le hizo quedar en Viena y luego le mandó encerrar en Gratz, donde permaneció hasta la muerte de Carlos VI. Su sucesor el conde de Koenigsegg, tuvo que retroceder a Belgrado después de dos encuentros en junio y julio en que vencieron los austriacos. Esta retirada entregó a los turcos a Orsova, Semendria y Vipalanca. Fué reemplazado por el conde de Wallis, el cual fué totalmente derrotado por los turcos cerca de Crozca en 23 de julio de 1739, y huyendo en completo desorden pasó por delante de Belgrado, sin pararse hasta estar en la otra orilla del

Danubio. Desde allí corrió con el resto de sus fuerzas de un punto a otro por los dilatados pantanos que cubren aquella parte del país, invirtiendo tres semanas en estas marchas para «conservar» lo que le quedó de su ejército, según contestó al gobierno. Entre tanto el gran visir cercó la ciudad de Belgrado, cuyo comandante general Sucow estaba decidido a entregar la plaza ya antes, ya después de haberse abierto brecha.

Estando así las cosas, el gobierno austriaco abrió negociaciones de paz, que no tienen ejemplo en la historia del Austria, y solo se explican suponiendo que todas las personas de este país, absolutamente todas las que estaban obligadas a conservar su serenidad, habían perdido la cabeza, porque todas rivalizaron en la prisa que se dieron a abandonar la causa austriaca. Wallis y Neipperg, dos generales que habían hecho todo lo posible para no defender con sus ejércitos la ciudad de Belgrado, fueron elegidos plenipotenciarios para negociar la paz destinada a salvar aquella importante y preciosa plaza y conservarla en poder del Austria, y solo cederla en el último trance. Los dos generales tenían cada uno sus instrucciones particulares, dentro de las cuales estaba redactada su plenipotencia, sin que el uno conociese las del otro; de modo que aunque entre ambos hubiesen existido relaciones amistosas, lo cual estaba lejos de suceder, no habrían podido proceder de común acuerdo. Con esto estaba ya echada la suerte. El gran visir y Villeneuve, el mediador francés entre las dos potencias beligerantes, hombre astuto y adversario político del Austria, cómo su nacionalidad lo hacía comprender, no podían desear para sus fines circunstancias mejores que aquellas dos plenipotencias. Todavía ha sido imposible descubrir cómo pudo cometerse semejante falta, ni a quién fué debida, ni cómo el emperador pudo firmar los dos poderes, primero el de Wallis y luego el de Neipperg, ni cómo no acusó al fin al primero de haber obrado contra sus instrucciones. Muy al contrario sucedió. La primera cosa que dijo el gran visir al enviado del general conde de Wallis, fué que solo entraría en negociaciones sobre la base de la cesión de Belgrado; y lo que decidió la cuestión fué que en 14 de agosto de 1739 el capitán austriaco conde Gross comunicó al gran visir que su gobierno estaba dispuesto a tratar sobre esta base, declaración en un todo conforme con las instrucciones del plenipotenciario conde Wallis, que presentó al dignatario turco.

A los pocos días presentó a este último el otro plenipotenciario, conde de Neipperg, que sin sospechar absolutamente nada de lo ocurrido iba a empezar su negociación proponiendo las condiciones más ventajosas para el emperador para ir cediendo gradualmente según viera las disposiciones del enemigo. Pero el gran visir le interrumpió asombrado y le dijo fundándose en lo convenido ya con el primer plenipotenciario: «Tengo un solo Dios, y una sola palabra; y no escucharé proposiciones de paz sino después de tener las llaves de Belgrado en mis manos.» Inútiles fueron todos los esfuerzos de Neipperg; ni logró el asentimiento del turco para pedir nuevas instrucciones al emperador, ni que el general turco consintiese en la demolición de las obras de fortificación; y en 1.º de setiembre firmó los preliminares de la paz en el sentido antes indicado, cuyas condiciones han quedado desde entonces vigentes sin variación ninguna hasta la paz de Berlín celebrada en 1878 (1).

(1) Véase la obra anónima alemana, publicada en el año 1790 simultáneamente en Francfort y Leipzig: *Historia circunstanciada y basada en documentos originales de todos los sucesos reales y verdaderos, relacionados con la paz firmada en Belgrado en 18 de setiembre de 1739*.—Véase también la *Historia de Turquía* de HAMMER, tomo 7, donde el autor corrige datos erróneos contenidos en las *Memorias de Schmettau*.

(1) Véase la obra alemana de FOERSTER, *Las cortes y gabinetes de Europa en el siglo XVIII*, tomo II.

(2) Véase la obra alemana de HAMMER, *Historia del imperio turco*. Tomo VII.

Rusia, la aliada del Austria, aceptó también estos preliminares.

El feld mariscal Munnich había salido con 60,000 hombres de Kieff en junio del mismo año, y atravesando la Podolia, había invadido la Besarabia, y tomado á Chotin despues de una brillante victoria sobre un gran ejército de turcos y tártaros en 28 de agosto. Despues pasó el Pruth, y cuando la ciudad de Jassy se le había rendido ya, obligóle á detenerse en su carrera victoriosa la firma de los preliminares en 1.º de setiembre. En 18 del mismo mes fué firmada en Belgrado la paz definitiva en la cual obtuvo la emperatriz Ana la posesion de Azof al precio de 100,000 rusos que había costado la guerra. En todo lo demás quedaban las fronteras como estaban antes y aun la cesion de Azof fué admitida con la condicion de demoler las fortificaciones, amén de la solemne exclusion de la Rusia del Mar Negro. El general Munnich indignadísimo escribió entonces: «Los turcos pueden dar gracias por esta paz á Mahoma, á Neipperg y á Villeneuve. ¡Dios perdona á la corte de Viena el pecado de haber derrochado tan grandes sumas para obtener un resultado tan pésimo!»

El Austria salió de esta guerra quebrantada, sin un hueso sano, perdidas su importancia y dignidad, perdido también el respeto de sí misma, sin poder apenas explicarse cómo todo esto había sucedido. Todos sus generales se habían cubierto de baldon y de vergüenza. Seckendorf estaba preso en Gratz; Wallis en la fortaleza de Bruenn y Neipperg en la de Glatz; los generales que habían quedado libres no tenían ya quien les envidiara su triste gloria; los veteranos del príncipe Eugenio estaban diezmados por el hambre, las enfermedades y las armas enemigas. El ejército austriaco, algun día tan temido, era un cuerpo sin huesos. Todas las cajas estaban vacías; el crédito muerto, y en la corte, en las regiones gubernativas, lo mismo que en todas las clases de la poblacion, reinaba el presentimiento pavoroso de un derrumbamiento general que parecia indudable tan pronto como la muerte cerrara los ojos del emperador, y quizás aun antes. En la carta que el embajador inglés en Viena, Robinson, escribió en 19 de agosto de 1739 á Walpole dice: «En esta corte todo el mundo corre en confusion indescriptible hácia la ruina; las señales de obcecacion y de desesperacion nunca han sido mas palpables en ninguna otra nacion sentenciada por el cielo á desaparecer, tanto por la desunion interior como por derrotas sin fin, por su estado indefenso, su pobreza y las enfermedades.»

Mas funesta que aquella desgraciada guerra fué la enemistad mortal con la Prusia, enemistad que la política austriaca provocó á principios del mismo año, tan señalado é involuible por la derrota de Crozca y la paz de Belgrado. En 13 de enero de 1739 Austria y Francia habían firmado en Versalles un tratado, en virtud del cual á la muerte del príncipe elector del Palatinado deberían entregarse los territorios de Julish-Berg por dos años al futuro príncipe elector del Palatinado bávaro, Carlos Teodoro, entonces príncipe de Sulzbach; lo cual queria decir que se negaban á la Prusia sus derechos sobre los mismos territorios, máxime cuando la Francia se obligaba expresamente á impedir que aquel gobierno tomara posesion de ellos. Al proponer el emperador Carlos VI á la Francia este convenio, lo había hecho sin ninguna necesidad, sin sombra de motivo fundado y sin la esperanza mas remota de un beneficio; era un paso que cualquier rey de Prusia, y mucho mas un hombre del carácter é ideas de Federico Guillermo, tenia que considerar forzosamente como un acto de traicion manifiesta é incalificable. La política de este emperador es un pozo de enigmas que jamás inteligencia humana descifrará; pero el enigma

mayor de todos es ciertamente el modo increíble de tratar al rey de Prusia, miembro del imperio alemán, que había sido uno de los primeros soberanos que habían reconocido la pragmática sancion, que le había proporcionado el reconocimiento y garantía del resto del imperio y de las potencias marítimas, y era el único que con sus 80,000 soldados y su tesoro repleto hubiera podido prestar un auxilio positivo y eficaz á la vacilante monarquía austriaca en días de peligro.

En el tratado de Berlin firmado en 23 de diciembre de 1728 y llamado de «la alianza eterna,» habíase comprometido este mismo emperador clara y terminantemente, en cambio del reconocimiento y garantía de su pragmática sancion, á ayudar al rey de Prusia para entrar en posesion del ducado de Berg al extinguirse la línea masculina de la casa de Neuburg con la muerte del príncipe elector del Palatinado reinante.

Este último sin embargo, Carlos Felipe, sobrevivió á ambos monarcas, porque murió en 31 de diciembre de 1742 á la edad de 81 años; de suerte que esta herencia eventual que no llegó á estar disponible en vida de ambos monarcas, no hubiera podido dar motivo á disension entre ellos, á no haber procedido el Austria en sus pasos preparatorios para la futura herencia, de la cual los territorios de Julish-Berg formaban parte, de una manera que dió lugar á dudar de su buena voluntad y la hizo sospechosa de mala fe. Respecto de esto, es decir, de procurar un arreglo amistoso entre el elector de Brandeburgo y la casa de Pfalz-Neuburg, dice Bartenstein que no faltó la buena voluntad al gabinete de Viena, pero que los oficios del gabinete inglés lo habían echado á perder todo, porque había aconsejado á la corte del Palatinado y á la casa de Pfalz-Neuburg que no entraran en semejantes tratos, y hasta que el rey de Inglaterra había declarado públicamente que jamás consentiria que una sola aldea de aquellos territorios pasara á poder de la casa de Brandeburgo. Este aserto es perfectamente creible, porque corresponde muy bien á toda la política del rey Jorge II, que se oponia á todo engrandecimiento de la Prusia; pero si otro motivo no había que anulara los esfuerzos del Austria en favor de la Prusia, lo necesario y lo leal era comunicarlo á esta y seguir ambas potencias unidas para inutilizar la oposicion del rey de Inglaterra. Pero en lugar de esto el emperador se pasó al partido del soberano de Hanover, en union de su consejero Bartenstein, con un celo y una perseverancia tanto mas incomprensibles cuanto que ni Inglaterra ni Hanover pagaron la cooperacion del Austria con ningun otro servicio.

En cambio costó esta reciente amistad con Inglaterra innumerables sacrificios al emperador Carlos VI; porque todo se lo permitió al rey Jorge y á su embajador Robinson en Viena siempre que se tratara de perjudicar al «Sargento primero», como allí llamaban al rey de Prusia. Hasta se prestó á contribuir á la empresa loca de impedir el casamiento del príncipe heredero de Prusia, Federico, con la princesa de Bevern pocos días antes y aun la víspera de la boda misma. Ciertamente fué la hora mas desgraciada que en toda su vida tuvo el príncipe Eugenio aquella en que como ministro del emperador, con exceso de celo encargó al conde de Seckendorf, á pesar de las objeciones de este, que propusiera al rey Federico Guillermo, la víspera de la boda, en el palacio de Salzdahlum, una cosa que Federico ya había rechazado antes con indignacion, y que tendríamos por una fábula si no la confirmaran documentos formalísimos. Por la mañana temprano estando todavía en la cama el rey, el 11 de junio de 1733, se hizo anunciar el enviado del emperador, que admitido á presencia del soberano le propuso en un

larguísimo discurso con «agradable sonrisa» que renunciara á la boda, anulara el contrato, y casara al príncipe Federico con la princesa Amalia, y á la de Bevern con el príncipe de Gales. Pronunciado este discurso, le entregó una carta del propio puño del príncipe Eugenio, en que este explicaba los motivos imperiosos que en el interés de la Prusia, de la Europa, del imperio alemán y del emperador reclamaban este cambio de casamientos, cuya parte mas capital para la Prusia había reconocido el Austria poco antes como aceptable en nombre de los mismos intereses. El rey Federico Guillermo supo dominar su indignacion, no obstante ser la mas justa y mas profunda que en toda su vida había sentido, y contestó sin un momento de suspension con voz tranquila: «Si yo no os conociese tan bien y supiese que sois persona honrada y recta, creeria que soñabais. Si hace tres meses se me hubiese hablado así, quién sabe lo que yo habría hecho para complacer á S. M. imperial, que me ofrece una princesa inglesa para esposa de mi hijo, pero ahora que ya me hallo aquí con la reina, y toda la Europa sabe que mañana se ha de celebrar la boda, no viene á ser esto mas que otra treta inglesa para presentarme á la faz de toda la Europa como persona variable y acostumbra á no tener palabra ni honor.» Despidió al final de la audiencia al embajador con las palabras: «Por ninguna ventaja del mundo echaria yo semejante mancha sobre mi palabra y mi honra.» Aquel hombre honrado no conservó hasta su muerte el recuerdo de semejante ultraje de parte del emperador, y sin embargo continuó siéndole fiel como vasallo, hasta que el emperador le rechazó. En efecto, á pesar del giro que el gobierno austriaco dió á la eleccion del rey de Polonia, contrario al convenio de Loewenwolde, Federico Guillermo tomó parte puntualmente en la guerra del imperio germánico contra la Francia; y las mejores tropas del ejército confederado fueron los 10,000 soldados que envió al príncipe Eugenio. A la sazón parecia que el Austria queria vengarse en la Prusia de la inaccion de aquel príncipe y del ningun resultado que obtuvo en aquella campaña. Sin avisar al rey de Prusia ni escuchar su opinion, firmó con la Francia los preliminares de la paz en 3 de octubre de 1735 y solo los supo Federico Guillermo por los periódicos. Despues cuando Carlos VI casó á su hija María Teresa con el duque de Lorena, ni siquiera pasó al rey de Prusia el aviso de etiqueta segun exigia la costumbre, lo que le hizo decir: «El emperador me trata, y á todos los príncipes del imperio, como si fuésemos perdularios;» y cuando en 2 de mayo de 1736 se habló en Potsdam del comportamiento insultante de la corte austriaca, dijo con lágrimas en los ojos y señalando al príncipe heredero que estaba presente: «Aquí está uno que me vengará (1).»

El emperador, para mostrarse complaciente con el rey de Inglaterra, se había empeñado en aquella indigna proposicion del cambio de casamiento, que hirió al rey de Prusia en lo mas profundo y sensible de su dignidad. Además fiándose en el auxilio de las potencias marítimas, no se cuidó de asegurarse la cooperacion de todas las fuerzas militares de la Prusia para no renovar sus promesas respecto de la sucesion en el ducado de Berg, y todo esto finalmente por nada; por-

(1) Véase el *Journal secret du baron de Seckendorf depuis 1734 jusqu'à la fin de l'année 1748*. Tubingen 1811.

que cuando el emperador se mezcló en la aventura polaca, resultó que ni Inglaterra ni Holanda tuvieron ni un céntimo de dinero ni un solo soldado para prestarlos á su celoso aliado, á pesar de las promesas y juramentos del embajador Robinson.

Y sin embargo no fueron bastantes estos patentes desengaños para impedir que el gabinete de Viena hiciera otra vez causa comun con las dos potencias marítimas cuando se trató de dañar á la Prusia. Estas fueron segun Bartenstein las que inventaron el proyecto burdo de evitar toda disputa sobre la sucesion citada de Berg y de Julish, con la entrega provisional por dos años de estos territorios á la casa de Sulzbach, y de dejar en blanco al rey de Prusia. Francia estaba contentísima de esta trampa, y el Austria «muy alegre también de tener una ocasion de prestar un servicio á las dos potencias marítimas», dice Bartenstein, porque la Prusia había faltado en varios puntos al tratado de 1728. El resultado fué que las cuatro potencias hicieron sus observaciones de comun acuerdo en el mes de febrero de 1738, simultáneamente en Berlin y en Manheim, lo que evidentemente hizo soñar á Bartenstein en una nueva cuádruple-alianza que serviria á la casa de Austria de firmísimo baluarte, especialmente contra la Prusia. En efecto refiere este autor, «despues de haber fracasado en Berlin la proposicion de las cuatro potencias, retiró la Inglaterra su palabra sin darse gran trabajo de disculpar su desercion»; Holanda como siempre siguió su ejemplo, dejando ambas al Austria y la Francia en libertad de hacer lo que quisiesen y con este motivo se unieron mas estrechamente por medio del convenio del 13 de enero de 1739.

Francia había garantido ya dos veces la pragmática sancion del emperador, primeramente en el convenio de 1735 y luego en el de 1738; y á la sazón en 1739 la reconocia por tercera vez, lo que debió animar al emperador á desafiar tan ligeramente á la Prusia; porque como siempre, estaban él y Bartenstein firmemente persuadidos de que una potencia que no se consideraba bastante ligada por dos garantías cumpliria infaliblemente si daba tres. Así al decir Bartenstein despues que «fué una accion verdaderamente imperdonable por parte de la Francia, haberse puesto á pesar de sus promesas á la cabeza de la conspiracion contra María Teresa», pinta perfectamente la simplicidad infantil «en tales casos» del gobierno austriaco.

Despues de haber leído lo que dice Bartenstein sobre la fidelidad de Inglaterra para cumplir lo que había pactado, nos sorprende todavía mucho mas, al hablar de la invasion de Federico II en Silesia, con la confesion de que «la corte de Viena había puesto toda su confianza en la Inglaterra», potencia marítima que en el caso mas favorable podía auxiliar con dinero, pero no con fuerzas militares que había de contratar ó alquilar en otros países como en Dinamarca, Hesse ó Hanover, esto si la Francia no se oponia á ello. De este último gobierno dice que poco bueno se había prometido la corte austriaca, ni siquiera cuando el rey Luis XV, al reclamar el agente diplomático del Austria Wasner el cumplimiento de su promesa de garantía contra la Prusia, le había contestado, segun relacion del mismo agente: que cumpliria religiosamente sus compromisos.